

El viaje





Juan Egaña



Alberto Moreno

Melancólica figura la de este Juan Egaña muerto a los treinta y dos años de edad, en 1928, ya hace más de treinta lejanos años. Su poesía sin ningún aderezo, salida directamente de las llagas, del corazón, aún no ha encontrado quien la recoja en un volumen.

Baudelaire habla en su prólogo a las obras de Edgar Allan Poe, que hay seres que llevan escrito "mala suerte" en algún pliegue misterioso de la frente. Uno de ellos fue su discípulo chileno Alberto Moreno, nacido en Chañaral en 1886 y muerto en 1918. Alberto Moreno, que llevó su devoción hacia Baudelaire hasta el punto de traducir íntegramente "Las flores del mal" con el objeto de —como decía en el prólogo a la traducción— "dar derroteros de salud al organismo anémico y vulgar de nuestro arte, nutrido con la yerbabuena de la rutina y la hoja rastrera y pródiga que mascan los rebaños". Por desgracia esta traducción —la primera en Hispanoamérica (1915)— no se publicó nunca.

Alberto Moreno residió durante casi toda su vida en Valparaíso, en donde fue amigo de Carlos Pezoa Véliz, Zoilo Escobar, Víctor Domingo Silva, Juan Egaña, quien perdió en un tranvía el primer libro de poemas de su amigo, etc. Hombre, sin embargo, orgulloso y solitario, no se preocupó de la nombradía ni de las publicaciones. Sólo en 1926 se publicaba "De las zonas vírgenes", conjunto de poemas con prólogo de Neftali

Agrella. Eran sólo algunos de los poemas salvados del "viento de la despreocupación" que se había llevado los demás, según el decir de Agrella. Pese a ello, tal libro lo deja definitivamente establecido como un poeta de verdad, un poeta indispensable en un recuento de la poesía chilena. Una obra donde brilla un "sol extraño de patología", impar en nuestra expresión lírica. Recordemos alguna estrofa de su poema más difundido, aquel "Mi Giganta", en que parangona su "monstruo" que lo libra de su "gran fastidio y sus torturas secretas", con la gigante que añorara el poeta de "Las flores del mal" para dormir "como una pobre aldea al pie de una montaña".

Maestro: Yo no sueño con las gigantes tuyas; tengo una mujer viva, más real y fabulosa; es moderna, vibrante —para que tú la instruyas de los raros progresos de esta edad contagiosa.

Mi gigante no tiene las perezas serenas, no es patrona ni diosa, ni estatua simbolista; sus carnes, sus ensueños, sus linfas y sus venas, son savias, floraciones, de una magia realista.

Poeta: No la quiero como fría gigante, como tú, al desear los encantos serenos, los pródigos regazos de una ternura santa y al dormirme besando la sombra de sus senos.

La quiero como un monstruo bendito y formidante de estas pobres ciudades, de estos pobres poetas: su fenómeno adoro —bálsamo saludable— para mi gran fastidio, mis torturas secretas.